

que no se sienta creador y ahí está Gregorio ensimismado, abstraído, tenso, dándole forma a un jarro como si lo estuviera ungiendo. No le alfarero que no sienta la emoción y la gradeza de ese momento creativo como denota en su gesto y eso le compensa de cuantas amarguras implique el lograrlo y mantenerlo.

Los Olleros.

Grande e importante capítulo de la alfarería manchega lo es el de los olleros de Consuegra, empezando por el barrio mismo de la Ollería situado a la entrada de Alcázar y por la calle de Santa Justa y Rufina que es la suya principal y alberga a los alfareros desde tiempo inmemorial, calle de las más antiguas de Consuegra, de las menos céntricas como su función necesita, pero de las más representativas y famosas por estar en ella los alfares que abastecieron de cacharros a todos los pueblos de la comarca, reducidos ahora a tres de tantos como hubieron.



Calle de Santa Justa y Rufina, de Consuegra, en la que están los alfares más antiguos.

En esta vista que ofrecemos de la calle, hay en la puerta de Pepe un montón de orujo de aceituna para quemar que van entrando los chicos como hormigas que hacen provisiones, sólo que aquí el aprovisionamiento es para el verano en lugar de para el invierno, que es en los hornos migueros. La calle se mantiene sin adulteraciones, como los vecinos sencillos, laboriosos y austeros. La calle no pierde su aire berebere de silencio, soledad y vida interior, salvo los días sonados, en los que todo el mundo afluye a ella, y en el de las Patronas, Santa Justa y Rufina, se ve engalanada con ramajes, guirnaldas y gallardetes, músicas y bailes verbeneros, porque estos artesanos son muy filarmónicos, tocando casi todos ellos en las músicas de la ciudad, y cuando los alfareros eran más de medio centenar y en cada casa había cuatro o cinco tabanques, se puede suponer la alegría reinante en ese día 19 de julio y en la noche